

Conocí a Vallejo en Montparnasse

César **MIRÓ**

Nos encontramos en el tradicional café de 'La Rotonde',

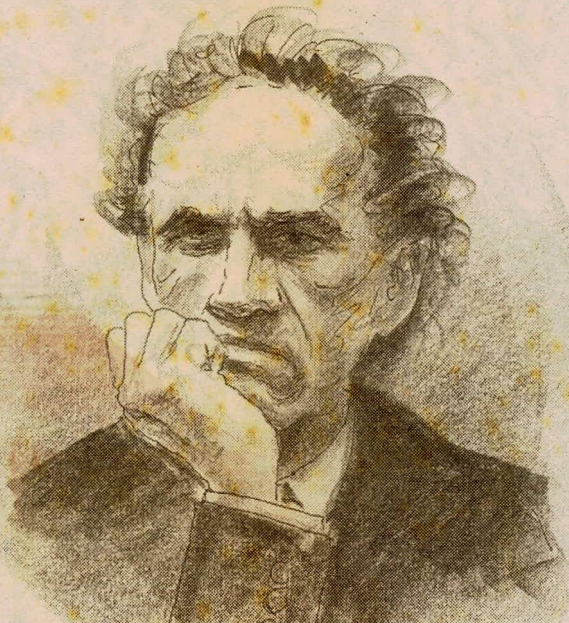
congregación de músicos, pintores y poetas del Barrio Latino. Montparnasse tenía un antiguo renombre consagrado por la huella de Verlaine, los acentos del simbolismo y los poetas malditos que conocieron los amaneceres de Rimbaud. Varias generaciones identificadas con el fin de siglo francés dejaron su impronta en los vasos del veneno verde. Nos alucinaba ese prestigio bohemio al que no podía hurtarse el poeta de 'Trilce', el precursor de 'Los heraldos negros'.

Ahora son otros los personajes del mural parnasiano. "Acaba de irse Hemingway", me dice. Le pregunto por André Bretón y Luis Aragón, los surrealistas con quienes no tiene pacto alguno César Vallejo. Lo tiene en cambio con el líder de los modernistas a quien recuerda en 'Los heraldos negros' cuando dice: "Y Darío que pasa con su lira enlutada" y con los simbolistas. En el poema LV de Trilce escribe: "Samain diría el aire es quieto".

Durante largas noches conversáramos. Acaba de enterarse con Georgette. Otra vez nos encontraríamos con Juan Larrea en casa de Vicente Huidobro. Y siempre con Alfonso de Silva, el genial compositor peruano cuya muerte le inspiraría uno de sus más bellos poemas. Nos veremos en España con José Bergamín y Gerardo Diego en los días de la edición española de Trilce. Pasarán los años y se morirá en París con

aguacero "un día del cual tengo ya el recuerdo".

Y seguirá corriendo el tiempo y las siguientes visitas serán a sus dos tumbas. La primera fue la del cementerio de Mont-Rouge, una localidad suburbana de París. Allí



estaba su piedra simple. El nacimiento y la muerte es todo lo que contenía esa lápida. Más tarde, en otro viaje, visité la de Montparnasse, trasladada allí en cumplimiento de una expresa voluntad del poeta.

Vallejo escribió sus últimos poemas en el cementerio y alguna vez le dirá a Georgette: "¡Qué bueno sería des-

cansar aquí!". Al preparar para la Editorial Losada de Buenos Aires, y por su gentil invitación, la primera edición de sus 'Poesías Completas' (1949), con retrato de Picaso en la carátula, he recordado su melancolía y tristeza.

Y he traído a mi evocación las lecciones magistrales de Henri Bergson, premio Nobel de Filosofía, sobre el tiempo matemático y el tiempo real. Otra vez iremos juntos a un recital en la Salle Pleyel del extraordinario Duke Ellington, donde antes preludiaba sus románticas voces Federico Chopin, portador de un nuevo lenguaje afroamericano que viene con la sensibilidad increíble de los negros de Harlem.

Como en el poema a Alfonso de Silva, las mandarinas te organizan ocasos y estás cada noche en la teoría del vino y la nostalgia. Las palabras agonizan entre bemoles ardientes en las polonesas menores y en complicadas proposiciones euclidianas. Allí sigue muriendo el cadáver. Que no se olvide al hombre sin fronteras, al que habita bajo su piedra negra desde el 15 de abril de 1938 cuando Luis Aragón deja unos adioses en el cementerio de Mont-Rouge.

Luego vendrá el deseo realizado en Montparnasse y los cálidos acentos de 'España, aparta de mí este cáliz', en que leemos: "¿Batallas? ¡No! ¡Pasiones! Y pasiones precedidas de dolores con rejas de esperanzas de hombres". Y también cuando a pocos pasos de finalizar su peregrinaje entre la pólvora y la agonía recomienda: "Si la madre España cae -digo, es un decir- salid niños del mundo; id a buscarla".